



CAPÍTULO VIII

Pasa Sancho al Palacio de la residencia de los duques y toma posesión de la consultoría con el más extraño y riguroso ceremonial que se ha visto.

Luego que llegó el aviso al Castillo-Palacio, se puso toda la familia en movimiento, y aun hay autor que dice que hasta el mismo duque y la duquesa entraban en ciertas piezas donde se disponían las cosas de la toma de posesión, para que estuviese todo prevenido, y se ensayasen los respectivos papeles, de modo, que se hiciese con todo lucimiento. No parece que durante el corto camino hubiese ocurrido cosa digna de contar, porque Benengeli sigue diciendo: inmediatamente que avistaron desde el palacio la comitiva de Sancho, se coronaron de gentes las almenas y balcones á ver llegar tan lucido acompañamiento, y atropelladamente se pusieron después en las galerías, ó corredores por donde había de pasar. Apeóse en la principal escalera, donde estaban cuatro pajes esperándolo, y al notar Sancho tanto ruido y tan crecido número de gentes, dijo al Bachiller en voz baja: ¿no veis qué alegría hay en esta casa? Ya lo noto, respondió el Bachiller, y no

sé por qué algunos gustan poco de pisarlas: el mundo todo está lleno de aprensiones, y así nos lo dice la experiencia.

No pudo más la duquesa esperar á ver á Sancho: salió al encuentro á todos ellos, siguióla el duque viendo que caminaba tan veloz á la escalera, y habiendo subido ésta Sancho, y hallado á los duques que estaban al primer tránsito, se hincó de hinojos ante la duquesa, y asiéndola la mano, la dijo: Señora, aquí está Sancho criado de VV. AA. que sólo viene á servirlos: seáis bien venido, respondió la duquesa: levantad, Sancho, dijo el duque, y besad la mano á la duquesa, á quien debéis el volvernos á ver. ¿Qué no deberé yo á tan alta señora, respondió Sancho, besándola la mano, si es entre las duquesas la mayor del mundo? ¡dichoso yo que puedo llamarme su criado! Hola, Sancho, ¿qué también vos sabéis expresiones de Corte? mas en vuestra boca ya veo no tienen recelo de adulación, ni de mentira. Señor, no la acostumbro, dijo Sancho, y V. A. mire bien que desde mi poca fortuna he pasado á dichoso, sólo porque VV. AA. me han nombrado por su criado, que es mi dicha presente. Decís bien, Sancho, dijo el duque, id al cuarto que se os tiene prevenido, y quitaos esas botas, que ya os dirán cuál es esos pajes, y entrad después al cuarto de la duquesa, que tiene mucho deseo de hablaros. Así lo haré, respondió Sancho, y retirados los duques, se entró Sancho en un cuarto, donde se quitó las botas, botines ó polainas que llevaba puestas, cuya especie de cuál no puede saberse, porque Benengeli dice borceguíes que es voz árabe y comprende toda especie de este calzado de camino; pero mientras esto hacía, preguntó Sancho al Bachiller si usaría del paso que le enseñó don Aniceto, ó del común, y parece que el

Bachiller le dijo: siempre el paso sentado en un personaje como sois vos, es el más propio, otro cualquiera no dice con el cargo.

Entró Sancho en el cuarto de la duquesa inmediatamente, donde también estaba esperándolo el duque, y la primera cosa que le preguntó aquélla fué, de qué había muerto su amo don Quijote, cuya muerte les había cogido sin esperarla. ¿A quién coge esa maldita que la espere? respondió Sancho. Ella es la más mala y fea persona que hay en el mundo. Señora, no quisiera decirlo, que al fin lo serví, y comí su pan, y más vale callar que mal hablar, y más de los muertos. No obstante, Sancho, aquí estamos solos, dijo el duque, la duquesa os lo pregunta, y no es justo paguéis así á quien tanto debéis. Señor, yo haré lo que S. A. me manda, y mirando á uno y otro lado, por si alguno más lo oía, con una voz como medrosa prosiguió. Mi amo y señor don Quijote se murió porque quiso, y murió loco, aunque alguno afirma lo contrario. ¿Qué dices, Sancho, dijo la duquesa, explícame eso que no entiendo? Digo, pues, señora de mi alma, que murió loco, y porque quiso, repitió Sancho, porque murió diciendo que no era don Quijote, sino Alonso Quijano, que estaba arrepentido de sus locuras, y de haber gastado el tiempo dando que reír á las gentes; y el señor cura (Dios se lo pague) iba con la corriente, y todo esto era (pero en boca cerrada no entran moscas: mal haya la codicia, y más en gente de Iglesia) porque no lo llevarán á curar á Toledo, como decían debió hacerse, porque si allí moría perdía los derechos del entierro, por eso se murió; ya veo que el pobre señor come con los muertos, y con los recién nacidos; pero bastábale ser su amigo, y más valía que el señor cura mirase otras cosas, y no que el sacristán el día que

hay muerto entra y sale tan risueño en la iglesia y casa del finado, que parece que se lo han de quitar, y llevarlo á enterrar á otra parte; y el señor cura lo mira, y calla, porque lo que la loba hace, al lobo le place. Sancho, dijo el duque: ¿y por qué dices que murió porque quiso? Señor, porque así fué; ¿quién le metió á mi amo en querer sustentar en campo de batalla, que la belleza de la señora Aldonza Lorenzo (para él Dulcinea del Toboso) era la única, y con quien ninguna otra hermosura compararse podía? Una mujer tal como ella, que ni le habló, ni lo quiso, y Dios es Dios que había de hacer porque lo quisiera, venciendo gigantes, con otras cosas, y aun hasta mi pobre cuerpo quería pagase la tontería de su desencanto; y para que más claro lo vean vuestras grandezas, sepan que esta mujer sin ningún agradecimiento, ni un mal recado de cortesía envió á la sobrina, ni á la ama cuando murió mi señor. ¿Yo me había de morir por quien por mí no se mata? pata-rata: no, señor, harto tonto sería yo si tal hiciese. Y más que si el sabio Merlin la tenía encantada, ¿qué sabemos por qué causa sería? No dejaría de tener alguna, porque si no, ¿cómo un señor mayor lleno de canas, y casi con un pie en la sepultura, era posible hiciese sin causa este desaguisado? El buen francés tendría motivo para ello, pues lo hizo, y á esto debemos de estar, y su alma en su palma, si no la tuvo.

Decid, Sancho, dijo el duque, ¿y vos venís contento á ser mi consultor? Sí, señor, respondió Sancho, ¿por qué no he de venir contento á servir á un señor que tanta merced me hace? Podías, dijo el duque, venir sin gana, y como por el qué dirán, porque ello es un encargo peligroso; pues vos habéis de responder á Dios sobre vuestra alma si me aconsejáis mal:

yo os traigo para que me aconsejéis bien, y por esto os doy mi salario, y así será siempre vuestra la responsabilidad á Dios, y al mundo, porque habéis de proceder sin pasión aunque sea contra mí: mirad á lo que venís, y cuál es vuestro encargo: mirad lo que ofrecéis, y que para más cargo habéis de jurar lo dicho. Y la duquesa prosiguió en esa conformidad: preveníos, Sancho, para el juramento y posesión; pero miradlo bien primero, porque después no hay arbitrio para no cumplir lo jurado: hasta mañana tenéis de término, pensadlo bien, é idos á descansar.

Así lo hicieron todos, durmiendo muy á placer (después de haber tomado una buena refacción entre graciosas y gustosas pláticas) hasta que la siguiente aurora se mostró más hermosa y apacible que nunca, entre una confusión de trinados y gorgeos, con que los inquietos é inocentes pajarillos parece anunciaban el júbilo que había de reinar en el palacio ducal.

Luego que fué hora competente, mandaron llamar los duques ante su presencia á Sancho, el cual acudió puntualmente, y habiéndole preguntado el duque si estaba en jurar su nuevo empleo, respondió: Señor, yo lo ofrezco, como todos lo ofrecen. Pues duque, dijo la duquesa, ya Sancho ha jurado su plaza; mandad que le den la posesión y el traje, que deseo verlo con él si vos gustáis de ello. Llamó el duque á su mayordomo secretario (dice la historia) y le dijo: ¿Está todo dispuesto para dar la posesión á Sancho? Sí, señor, todo está prevenido, respondió. Pues conducidle al salón de la audiencia, para que en él tome la posesión. Con esta orden del duque acompañaron en ceremonia el mayordomo y dos pajes á Sancho al prevenido salón, en donde hallaron un crecido nú-

mero de concurrentes que esperaban ver tan lucido y ostentoso acto, entre los cuales estaba en distinguido lugar el bachiller Sansón Carrasco, admirando tanto aparato. Aquí hace punto Cide-Hamete, y dice por una llamada al margen: que el bachiller tenía en su imaginación varias ideas, porque unas veces todas aquellas cosas le parecían burla y pasatiempo de los duques, y otras las confirmaba reales y verdaderas, por los crecidos gastos, y formalidad con que se hacían. Que tal vez se le vino á la memoria, ¿cómo era posible que aquellos señores, habiendo tan poco tiempo que había estado en su castillo, y contándoles la batalla en que rindió, y sujetó á cumplir las condiciones de ella al valeroso don Quijote, no se le diesen por entendidos? pero todas estas dudas (dice) las absolvía con la poca atención con que los señores pasan la vista por los que no lo son; además que la mudanza de traje, y alguna otra circunstancia que él no penetraba, podía ser causa para el olvido ó disimulo, que esto no define cuál fuese; y sigue su puntualísima historia diciendo:

Estaba el salón cubierto de una rica colgadura de color carmesí, con galón finísimo, y resplandeciente de oro: había en medio una hermosa araña de cristal, con bastante número de velas, hacia el frente se elevaba un alto tarimón, donde se divisaba una silla de brazos forrada en carmesí según la colgadura de la sala, y junto á ésta con más elevación había un regio dosel de damasco verde y galón de plata, en que estaban dos sillones magníficos iguales al dosel, para asiento de los duques, en medio del salón había un circo de barandillas con unos escaños cubiertos de unos tapetes que eran asientos de la justicia del pueblo, como las barandillas, sitio para ver y oír la familia ducal, y convidados.

Entraron los duques primero ocupando sus sillones, y el secretario mayordomo detuvo á Sancho al entrar en el salón, hasta que se sentasen, y habiéndose hecho, y luego por el duque la seña de empezar, el mayordomo tomó á Sancho de la mano, y puesto en medio, dijo: *Ebad, Consultor del duque mi señor*, y le puso en sus manos un pliego, y se retiró detrás de las sillas de los duques. Y habiéndose éste llegado tocó una campanilla de plata, y al oírla entraron cuatro pajes, y uno como maestro de ceremonias, el cual traía vestido un ropón amarillo cubierto de galones, una muy crecida y blanca barba, y ceñida la cabeza con un cendal al estilo africano. Llegóse á Sancho, y lo miró de espacio de arriba á bajo, y aun lo desabrochó unos botones de la ropa talar con que venía vestido, tomóle el papel de la mano, y lo leyó, miró al cielo, hizo sobre sí la señal de la cruz dos veces, volvió á mirar al cielo, pero mesándose su luenga y hermosa barba, con lo que hacía el personaje más majestuoso y serio que habían visto los nacidos.

A todo esto estaba Sancho tan atento como confuso sin saber lo que le sucedía; pero no esperando ningún daño, sino creyendo firmemente eran precisas ceremonias de aquel caso. Los pajes estaban puestos alrededor del tal personaje como en señal de sus sirvientes, vestidos con los trajes de la casa, y como decir se suele en traje de gala.

Acabada esta ceremonia entró otro personaje vestido de ropa talar blanca, y una más dilatada barba; pero negra, que con el crecido y negro pelo le hacía respetuoso, igual que temido y venerable: éste miró á Sancho más de espacio, y le levantó algo la cabeza, porque la confusión y el silencio se la tenía como caída: subió al dosel de los duques, y antes de

llegar hizo una profunda reverencia, y acercándose como para preguntar, así lo hizo, y bajando y repitiendo la reverencia á ellos, se llegó á Sancho, y dijo en voz alta: ¿Quién es Sancho? y el maestro de ceremonias respondió: Este es Sancho.

¿Sancho, dijo el de la negra barba, habéis jurado la plaza? El maestro de ceremonias dijo: decid que sí, y así lo respondió Sancho que ya tenía cara de estar medroso. ¿Ofrecéis, Sancho, á la Justicia á quien yo represento ser buen consultor, limpio, desinteresado, y leal al rey nuestro, suprema justicia de la tierra? Sí ofrezco, respondió Sancho, porque así se lo previno el maestro de ceremonias; pero como Sancho respondiese esto como trémulo, y en voz baja, el que hacía la justicia con voz grave y alta, dijo: Hombre sin espíritu, tiembles de ofrecer lo que debes cumplir, si así lo has de cumplir, como lo ofreces, dilo, y si no dí la verdad, que menos malo es que tú lo digas, que el que otro después advierta que no cumples lo que ofreces; responde Sancho á la justicia que te pregunta. El maestro de ceremonias, dijo, Sancho en todo caso dí, yo conozco mi flaqueza: así lo respondió Sancho, y entonces el que hacía la justicia, dijo, pues dijiste la verdad; *accipe vestem*, y tomando un ropón carmesí con una gorra azul de borla verde se la vistió á Sancho. Sonaron al acto de ponerle el ropón y la gorra (que uno y otro tenían cubierto los pajes con un tafetán sobre una muy grande bandeja) un crecido número de instrumentos músicos, porque el duque traía junto á sí su bien pagada orquesta, que siempre fué distinguida en aquel tiempo de otras muchas; cuya sonata recordó á nuestro gran Sancho Panza el asalto de la Insula Barataria, en que se oyó igual á esta otra.

Acabóse esto, y entraron otros dos personajes, no tan bien ataviados, ni tan barbudos, pues sus ropas talares eran menos lucidas y más usadas, y de un color como leonado; traían sendor incensarios, en los que poniendo buena porción de incienso, incensaron á Sancho, y para que recibiese el sahumero con más comodidad le tenían asidas ambas manos cada uno la suya, el maestro de ceremonias, y el que representaba la justicia; pero Sancho sofocado del humo y de la investidura tan ceremoniosa, dijo: Señores, no puedo tolerar este incienso, y el maestro de ceremonias respondió: esto es propio de este traje, pero ya se retirarán; y así lo hicieron, quedando el salón de modo que el duque mandó se abriesen unas ventanas como se hizo: inmediatamente después de los incensarios entraron dos doncellas de la duquesa con una concha de plata con agua la una, y la otra con una toalla que traía sobre una bandeja, y asiendo las manos al bueno de Sancho, se las labaron, y después limpiaron; y antes que esto se concluyese entraron dos dueñas á quienes alumbraban dos pajes con dos hachas, y tomándole cada una de ellas una mano le cortaron las uñas, alumbrando con todo cuidado los pajes: prevención extraña, y ceremonia rara (dice Benengeli), digna por cierto de que se usase en los climas más remotos.

Acabadas estas exactas y dilatadas ceremonias, el maestro de ellas llevó de la mano, y mandó sentar en el sillón al recién posesionado, y saliendo todos los personajes por el orden que habían entrado, dió fin la posesión de la consultoría de el gran Sancho Panza, que pudo bien haberle dado de su vida, según lo atosigado que se vió por el mucho humo, y ostentoso aparato con que se celebró.



CAPÍTULO IX

Cuéntase el grave y majestuoso razonamiento que la Academia de la Argamasilla dijo en loor de Sancho, y otras cosas dignas de tenerse en memoria.

Los duques con el mayordomo enviaron la enhorabuena á Sancho, y que le preguntasen si quería tomar algunos bizcochos y vino, ó que le trajesen chocolate, porque era preciso y indispensable siguiese la audiencia para un pleito en apelación que se había de ver; y también porque había llegado casi en posta un enviado académico de la Argamasilla á darle la enhorabuena, y era preciso resolver lo uno, y oír lo otro, sin salir de la sala, ni desbaratar la ceremonia particularmente para la academia que era muy resentida de todo, y que el personaje parece venía indispuerto, y no era cosa de detenerlo, y más no habiendo alojamiento decente que darle; y así que dijese lo que quería.

Sancho envió á decir al duque estaba el más agradecido á sus finezas; que pues lo permitían, que tomaría un poco de vino y pan, ó bizcochos, porque se hallaba del todo desfallecido, y casi atolondrado con el humo de los incensarios.

Oída esta respuesta, se mandó despejar la sala, en la que solo quedaron los duques, Sancho, el mayordomo, y un paje: le entraron vino y bizcochos con bastante abundancia, y Sancho sin cortedad, y con llaneza hizo su deber, y después de finalizado este acto, se volvió á su sillón, las ventanas se cerraron como disipado el humo, entró toda la familia que quiso, y con ella el Bachiller Sanson Carrasco, que admiraba todo el ceremonial; ocupó la justicia del pueblo su banco prevenido, y siguió la audiencia, empezando por la enhorabuena de la Academia.

Entró representando ésta un anciano personaje cubierto de un manteo y sotana negra, senda mechina blanca, anteojos con su cordón á las orejas, sombrero grande, y una muleta de sostenerse, bien que para conducirlo venían dos gentileshombres uno á cada lado. Hizo en medio de la sala una reverencia á los duques, y al nuevo consultor un besamanos muy cumplido; y tomando un banquillo que se le tenía dispuesto, empezó así la oración de su embajada en nombre de la insigne Academia Argamasillesca.

SEÑOR:

«La Academia de la Argamasilla conocida en las partes más distantes de la Europa, y de la América por el elogio que hizo de V. S. del incomparable don Quijote de la Mancha, y de la sin par Dulcinea del Toboso, que es el fin del escrito del esclavo recido moro Cide-Hamete Benengeli: es la misma que con admiración y gozo se acerca por mí llena de respeto y amor á los pies de la alta silla que á la vista ocupa V. S. por su gran merecimiento.

«Permita V. S. á esta Junta de patriotas suyos y alumnos del Dios de la alegría, que refieran aquí

»por mí los hechos con que V. S. ha lucido en estos horizontes, no para aplaudirlos solamente, sino para ponerlos, no en mármoles ni bronces como debían, y no hacen por sus cortos medios; sino en papel batido y cortado, que también en él se ponen las hazañas grandes, que como las de V. S. han de dar ejemplo á los futuros siglos.

»No tendrá la Academia aquel digno estilo de pintar los héroes que celebra como debían ser, solo los pinta y los traslada con la pluma al papel como ellos fueron, sin usar de las tintas de la lisonja, ni de la adulación, porque las plumas que con ella corren más ofenden que alaban.

»La Academia de la Argamasilla ha usado siempre de la verdad desnuda, procurando no vestirla con ropajes que la desfiguren: de este modo piensa (y piensa bien) la Academia: con este para ella tan plausible motivo de ver á V. S. elevado, y revestido del pomposo traje que le adorna, y dice bien con la decoración suya, atrae á la memoria el cómo se han premiado los que fueron útiles al estado, y á la patria.

»Honró V. S. á la suya y territorio nuestro con su nombre, y en todas partes donde se halla la singular historia de nuestro académico honorario y patriota el *Caballero de los Leones*, se halla más repetido que el de Alejandro de Macedonia el de Sancho Panza.

»Honróla V. S. también con sus hazañas y con sus discursos: cuando nos pinta á V. S. el moro Benengeli (á cuya sola pluma destinó la fortuna tanta gloria) defendiendo la Insula Barataria en el asalto de sus contrarios; ¿no nos pinta un retrato del valeroso Aquiles, fiando á la punta de su lanza, como V. S. fió á la suya, el castigo de sus enemigos?

»Si la Academia, señor, le compara con aquél, lo
 »hace con bastante diferencia, porque mira á V. S.
 »para la defensa, sólo cubierto de la endeblez de un
 »pavés de dos simples tablas, al tiempo que registra
 »á Aquiles en sus lides, asido á su fuerte escudo,
 »cubierta de hierro la cabeza, y forrado de acero to-
 »do el cuerpo.

»No menos honró V. S. á su patria con sus discursos,
 »que con sus hazañas: píntanos á V. S. el mismo
 »Benengeli, gobernando la Insula Barataria, de
 »modo, que no se podría pintar mejor á Solón griego,
 »dando leyes y sabias providencias para desterrar
 »la ignorancia de los hombres, y acercar más y
 »más el conocimiento para el trato humano: díganlo
 »las que V. S. dió para la fingida mujer forzada, las
 »del perjuro de la caña hueca, y otras que hicieron
 »temible su penetración. Pero así como la Academia
 »halló en V. S. ventaja al valeroso Aquiles, la halla
 »también mayor al sabio griego.

»A éste le pagaban los pueblos la enseñanza; pero
 »á V. S. como la fama dice, que todo lo pregona,
 »¿quién pagó estipendio, ni ofreció salario en pago
 »de sus desvelos y enseñanza, como á los demás
 »gobernadores? Nadie pagó á V. S. ni tampoco tuvo
 »como el sabio Solón otros doctos griegos que le
 »ayudasen en la empresa: con que la Academia sin
 »el recelo de que la titulen lisonjera, dice que V. S.
 »fué más esforzado que Aquiles, y más distinguido
 »en el mandar que el sabio griego. Así dice, y celebra
 »la Academia.»

Calló el anciano académico; y como Sancho nada decía, prosiguió: Señor ¿qué responderé á la Academia que me envía? Sancho callaba (dice la historia) en cuya vista, dijo el mismo académico: hablad,

Solón manchego. Levantóse Sancho, y haciendo una profunda reverencia á los duques, dijo: Decid buen hombre á la Academia que os cuide mucho, que estáis muy viejo, que estimo lo que en su nombre me habéis mentido, y que le pida á Dios que sea como decís que soy.

Retiróse el académico sostenido de su muleta, y los gentiles-hombres con la misma torpeza que entró haciendo antes á los duques una reverencia, y un besamanos á Sancho; pero al salir el académico de la sala tocó el duque una campanilla por medio de un cordón que tenía pendiente junto á su asiento, y al instante se oyeron unas voces fuera de ella que decían: *Audiencia pública de apelación*, que repitió tres veces el portero que las daba.

Entró por la puerta un hombre mozo, decentemente vestido, y con mucho desenfado, dijo: Señor, aquí estoy en grado de apelación de la sentencia dada contra mí por la Justicia que está presente, y levantándose uno de los alcaldes, dijo: Señor esta es la causa de don Lázaro Tramoyas, á quien se le ha mandado salir del pueblo desterrado: la causa es ésta, y alargó un escrito al secretario, que leído decía: Señor, don Lorenzo Tramoyas por cuyo nombre se conoce en este pueblo, y es forastero, tiene una renta limitadísima, cuyo importe se halla averiguado no puede mantenerlo un mes, del modo que mantiene la casa sin incluir los gastos de adorno de su mujer, funciones, bailes, etc. Debe á las tiendas y artesanos algo de lo que gasta; pero se ignora de dónde sale el resto: su mal ejemplo en esto ha viciado muchos vecinos, que por emulación, y no parecer menos, se hallan empeñados: dice que lo hace con su industria; pero no se sabe cuál sea, ni la justicia puede saberla: por esta causa, y que no extienda

este oculto modo de adquirirlo, se le manda salga de este pueblo. Vos, señor, como justicia principal de él, determinaréis esta causa.

El duque preguntó: ¿Don Lázaro es verdad lo que la justicia dice de vuestra renta y gasto? Es así, señor, respondió Tramoyas, pero ninguno se queja de mí, y no haciéndolo, la justicia no es parte para quitarme mi industria. *Visto:* dijo el Duque: ¿Sancho, qué debe resolverse? Levantóse Sancho, y haciendo á los duques el debido acatamiento, dijo: la justicia, señor, es siempre parte por su oficio para quitar perjuicios al pueblo; éste lo es por el mal ejemplo que otros han empezado á imitar, y el daño del mal ejemplo es superior á todo daño. Don Lázaro debe ser arrestado, obligándole á que manifieste esa industria en el término de cuatro días (por escrito) á cuyo fin la justicia le dará en la cárcel papel y tinta á costa de los propios; y si pasados no lo hiciere, sea remitido á uno de los presidios de S. M. donde esté hasta que lo ejecute; y la justicia en la primera audiencia presente el escrito de la industria, ó testimonio de haberse cumplido la segunda providencia, que así lo juzgo se debe mandar por V. A. *Confírmolo,* dijo el Duque, y despejad. Con lo que se concluyó la audiencia, porque los duques conocieron que Sancho estaría cansado, pues ellos lo estaban de tan larga función.

Sigue la historia, diciendo: que retirados los duques á su cuarto, y Sancho con el Bachiller al suyo, donde les esperaba la mesa, le dijo Sancho al Bachiller: ¿qué os parece, Carrasco, de lo que habéis visto? Señor respondió Sansón, como que no lo creyera, si me lo hubiesen contado. Paréceme, Bachiller, dijo Sancho, que hubo algunas ceremonias que podían haberse escusado. Señor, respondió el Bachiller,

¿quién sabe el rito propio de estas funciones? Lo que á V. S. pareció demás, sería tal vez muy preciso. Hola, señor Bachiller ¿qué es eso de señoría estando solos? ¿no os he dicho que me habéis de tratar en secreto como amigo, porque aunque me veo en este estado, me acuerdo del consejo del señor Cura, de nunca olvidar el que tuve, para no ser soberbio? El incienso me atolondró la cabeza, y el personaje que junto á mí estaba me dijo que era propio del traje; pero yo no sé que tenga que ver lo uno con lo otro. Ello es seguro, dijo el Bachiller, que muchos gustan del incienso particularmente los que tienen las cabezas endebles. Yo estuve con mucho gusto oyendo al académico; pero qué bien le respondisteis. Bachiller, dijo Sancho, la verdad le dije, porque en público y en secreto debe decirse siempre; ¿cómo me quería hacer creer que era valiente y sabio? ¡Cómo se pintan las cosas, Bachiller, cuando se quiere! Estas enhorabuenas, las dedicatorias, y elogios que suelen hacer y darse, está el arte de la composición en que la mentira parezca verdad; pero siempre se distingue ésta de la mentira. Respondió el Bachiller prosiguiendo: lo que me pareció mejor fué lo de aquel Tramoyas. De eso, Bachiller, hay que darle gracias al señor Cura, que predicando un día decía, que la justicia debía perseguir á esos industriosos, que suelen ser tahures, ladrones, ú otras cosas: yo me acordé de ello, y me vino de perlas para el caso; pero no creo que pueda él cumplir lo que se le ha mandado.

Mientras estas cosas pasaban con Sancho, entre los duques hubo otras iguales, ó casi parecidas, porque le dijo la duquesa al duque: Señor, he estado divertidísima en la posesión de Sancho, y sus ceremonias, que todo parecía verdad: no hay duda que

el mayordomo tiene idea para estas composiciones; pero estuvo algo picante el lavado de manos, y cortadura de las uñas. Fué muy del caso, respondió el duque, porque don Roque, juez de apelaciones, consultor nuestro, que ha dado en llamarse consejero, es algo puerquecillo de manos; él tomó el papel de maestro de ceremonias, y el mayordomo vió la suya para decírselo claramente, porque está mal con él, á causa de recibir regalos por las sentencias: yo supe la especie, y no me dí por entendido de ello; y á la verdad que si él y su padre no fuesen criados tan antiguos, ya me hubiera deshecho de él; pero es menester disimular algunos defectos, porque es honor nuestro tener criados antiguos. Duque, ¿quién era aquel viejo académico, que no conocí como tenía tan desfigurada voz y persona? Don Roque, respondió el duque, tenía primero este papel, y se lo dió á don Anselmo, porque tiene vanidad de hacer esas composiciones, que es origen de los disgustos con el mayordomo, que le titula palabrota, y como él habla tan mal de la Academia de la Argamasilla, dispuso que de ella también hubiese este paso de su parte, y enhorabuena á Sancho, quien le respondió como yo no esperaba; pero él lisamente dijo la verdad: es cierto que la adulación, y la lisonja la conoce el más apasionado de sí, solo que suelen no hallar voces para darse por entendidos de las mentiras que oyen en sus alabanzas, esta es flaqueza humana, que no tuvo Sancho, porque la verdad se suele manifestar cuando menos se piensa, y por la boca, al parecer, más distante de decirla.

Es menester, dijo la duquesa, que siga con Sancho el hacerle creer que es consultor nuestro, porque me divierte con él mucho, y yo no tengo duda en que él se lo ha creído, según se presenta y habla, y

ni más ni menos su secretario el Caballero de la blanca Luna, con quien es menester un tanto más de disimulo, porque parece algo socarrón, y sintiera que tropezase con él, ó con Sancho, nuestro eclesiástico su contrario, y le dijese que lo engañan. Yo os daré gusto en ello, dijo el duque, y le advertiré me le dará en no introducirse en el asunto; pero ahora según me ha dicho el mayordomo, está ocupado haciendo un sermón de encargo para un su amigo, que lo ha de predicar en la función de Animas del pueblo donde os traen las flores; y por lo que me han informado creo se ha de volver loco con él, porque quieren poner por circunstancia del día de la fiesta de Animas una campana nueva que se ha estrenado, y el salir á misa de parida la mujer del mayordomo, que hace la fiesta, y no halla modo de introducir esta verdaderamente ridiculéz, y si no lo hace parece no le pagan el trabajo, motivo porque sólo piensa en buscar, y hojear libros, y no en las cosas de Sancho, bien que seriamente le diré que gusto de ello, y que no os dé que sentir, introduciéndose en el caso.

En este tiempo los pueblos del duque viéndolo de visita en ellos, y oyendo había nombrado un consultor nuevo, á quien habían hecho una función de recibo muy magnífica, se animaron á representar algunas cosas que debían remediar por su residencia. Y aunque Benengeli no pone por menor las que eran, ni si fué por escrito, ó legacia la súplica, no obstante, por lo que se estableció en ellos, se viene en conocimiento de lo que se pedía; y para ello fueron enviados con plenos poderes el mayordomo secretario, el consultor Sancho Panza, y el acompañado Bachiller Sanson Carrasco, llevando repuesto de todo lo necesario. En el intermedio no sucedió otra cosa particular que una que pudo turbar el gus-

